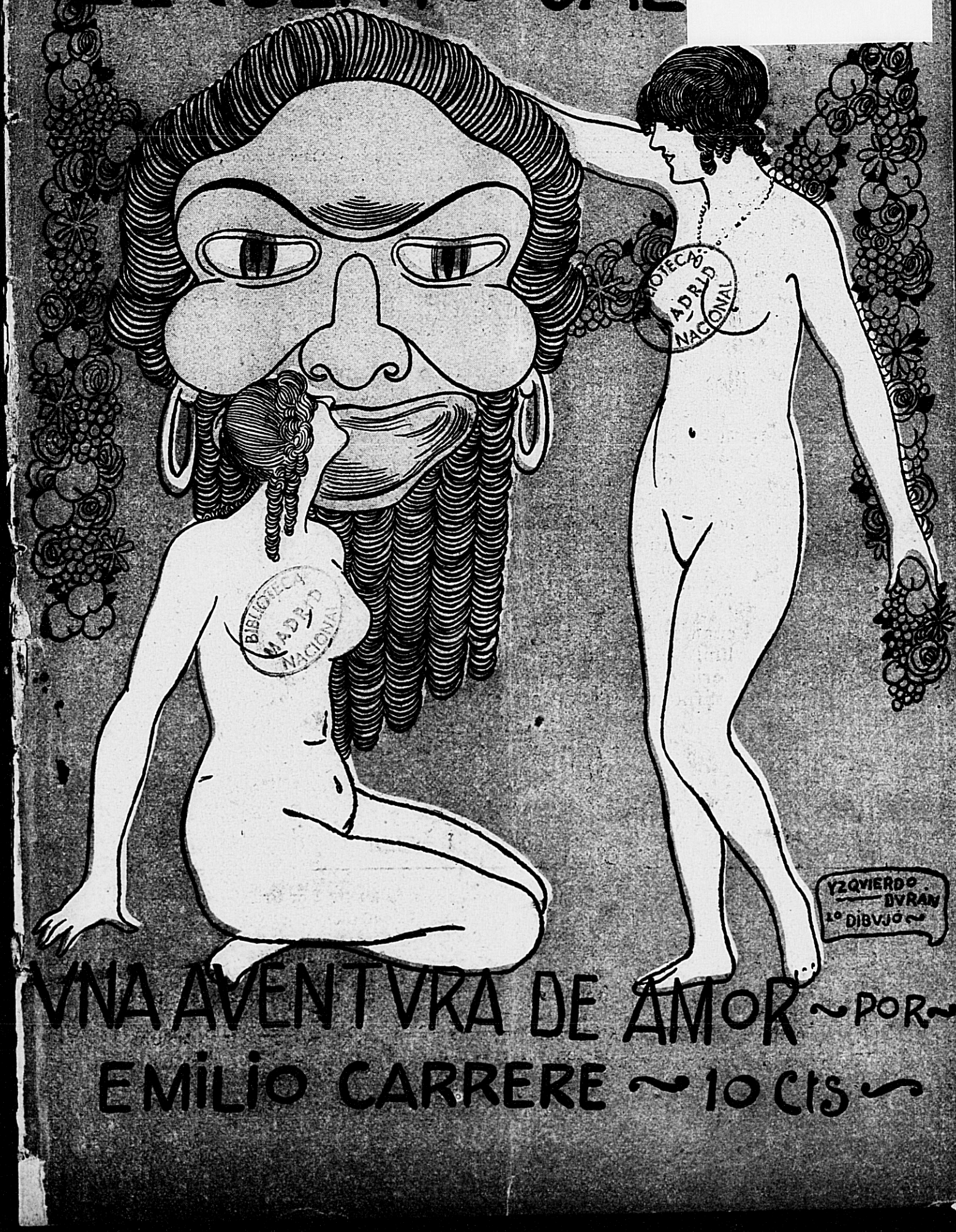
1
229967

EL CUENTO GAL



VNA AVENTVRA DE AMOR ~POR~ EMILIO CARRERE ~10 CTS~

AÑO I — 3 de Julio de 1913. — NÚM. 13

EL CUENTO GALANTE

S JUEVES

ito, 24.-MADRID

MILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 1,25 :::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::

Anuncios á precios convencionales.

NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1

229967

Concurso de EL CUENTO GALANTE

Estamos convencidos de que en algún rincón provinciano, ó luchando en la Corte para romper el anónimo, existen unos cuantos escritores de talento obscurecidos por un poco de mala suerte personal, por falta de estímulos para la pelea ó por el cretinismo de algún distinguido orangután de los que dirigen algunas publicaciones.

Deseando dar al público un nombre nuevo, abrimos un concurso para premiar un cuento para nuestro periódico.

Los originales constarán de nueve á diez páginas de EL CUENTO GALANTE; deben ser remitidos sin firma, con un lema y sobre aparte el nombre del autor. Conforme vayamos recibiendo original, iremos dando cuenta al público.

Habrá un premio único de TRESCIENTAS PESETAS al cuento que lo merezca á juicio del Jurado, compuesto por D. Joaquín Dicenta, D. Felipe Trigo y D. Eduardo Zamacois, actuando como secretario D. Emilio Carrere.

Si el Jurado lo estima conveniente, se recomendarán algunos originales con la retribución ordinaria de nuestra publicación.

El plazo de admisión de originales expira el día 30 de Agosto, á las doce de la noche.

Rogamos á cuantos nos favorezcan remitiéndonos originales se mantengan dentro de los límites del buen gusto artístico. El premiado será un *cuento galante*, una historia de amor sin restricciones de moral sacristanesca; pero nunca una cosa pornográfica y desprovista de buen sentido literario.

EN EL NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

PRÍNCIPES Y CORTESANAS

Novela de escándalo, por PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

LA ESPAÑA TRÁGICA.—Desde Pedro Romero hasta Belmonte, por Prudencio Iglesias.

Este es el acontecimiento, literario la actualidad sensacional.

Este es el libro que todos esperamos; el libro de los escándalos, justo y brutal que nos emociona y nos hace reir con sus trallazos en la cara á los majaderos.

Toda la emoción de la fiesta de los toros, está en esas páginas. Las opiniones de Mazzantini son de una seguridad y una sensación que caerán como una bomba entre el público taurino.

Solamente se halla de venta en las mejores librerías, en las mejores, de España y América. **Dos pesetas.** No se vende en librerías malas ni en puestos de castañas.

R. 3335304

47/1705248

UNA AVENTURA DE AMOR

(NOVELA)

La venta del camino.

Carretera arriba va la abigarrada carreta de la farándula. Una mula rucia y cansina, arreada con pintorescas gualdrapas, tira penosamente del absurdo palacio ambulatorio, ornado con viejos telones desteñidos y desvaídas bambalinas. Dentro, platica, canta y discretea el grupo jovial de los comediantes.

Era en mis años de bizarro y soñador mocerío, y me arrastraban por las pardas tierras de Castilla, juglar de mi propia alma, los ojos negros, dulces y un poco tristes de una gentil farandulera.

Ellos eran aventureros de rostros rasurados, que se dirían de goma por lo



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

propicios á la contorsión extravagante y descoyuntada — gachos sombreros, gestos heroicos, crenchas enmarañadas—, y en los ojos, cansados por la monotonía de la visión perenne, como una sombra de tristeza errante. Ellas, frívolas y lindas muñecas, con mohines principescos y languideces románticas que no en vano fueron Ofelia, Doña Inés y Roxana en horas áureas y encantadas de una vida quimérica, tocadas á la usanza cortesana, con una vanidad un poco triste por lo usado y deslucido del atavío.

Heroínas magníficas de las clásicas farsas son mendicantes de sus propias vidas, cuyo secreto de fracaso y de dolor cuentan á las estrellas en las noches trashumantes de árido caminar, y lo llorarán sobre las jalmas y los sacos de paja, bajo los cobertizos, en los mesones del camino.

El crepúsculo iba trenzando sus lienzos pardos sobre nuestras cabezas; comenzaba á llover, y los ejes de la pintoresca carreta rechinaban melancólicamente á lo largo de la carretera solitaria.

De pronto, tras de una masa de árboles, apareció una casuca parda, hosca y miserable, en cuya puerta una vieja hórrida tejía calceta, con un gato negro enroscado á los pies. Aquella guarida se llamaba *El parador de la Alegría,* siniestra paradoja, pues más bien parecía antro de todas las miserias, donde la podre y la sordidez tendrían asentamiento como reinas.

Un chiquillo puerco y atezado, por cuya trasera pendía un harapo de camisa, gritó con voz zafia:

—Buen hombre, ¿va á haber títeres?

La vieja alzó la cabeza, huraña y desconfiada.

—¿Hay posada, abuela?

—Con la moneda por delante; si no, á dormir á las eras, que no me quemo yo el hocico por holgazanes y piojosos.

Sin parar en tan cordial acogida, comenzamos á trasladar nuestros fantásticos equipajes. Los comediantes de la legua suelen ser recibidos de esta guisa, y no sin razón, que, si entran por las puertas, suelen salir de noche y por la ventana.

Satisfechas las inquietudes de la vieja, entrámonos por el portalón, mientras gritaba con su voz seca y casi centenaria:

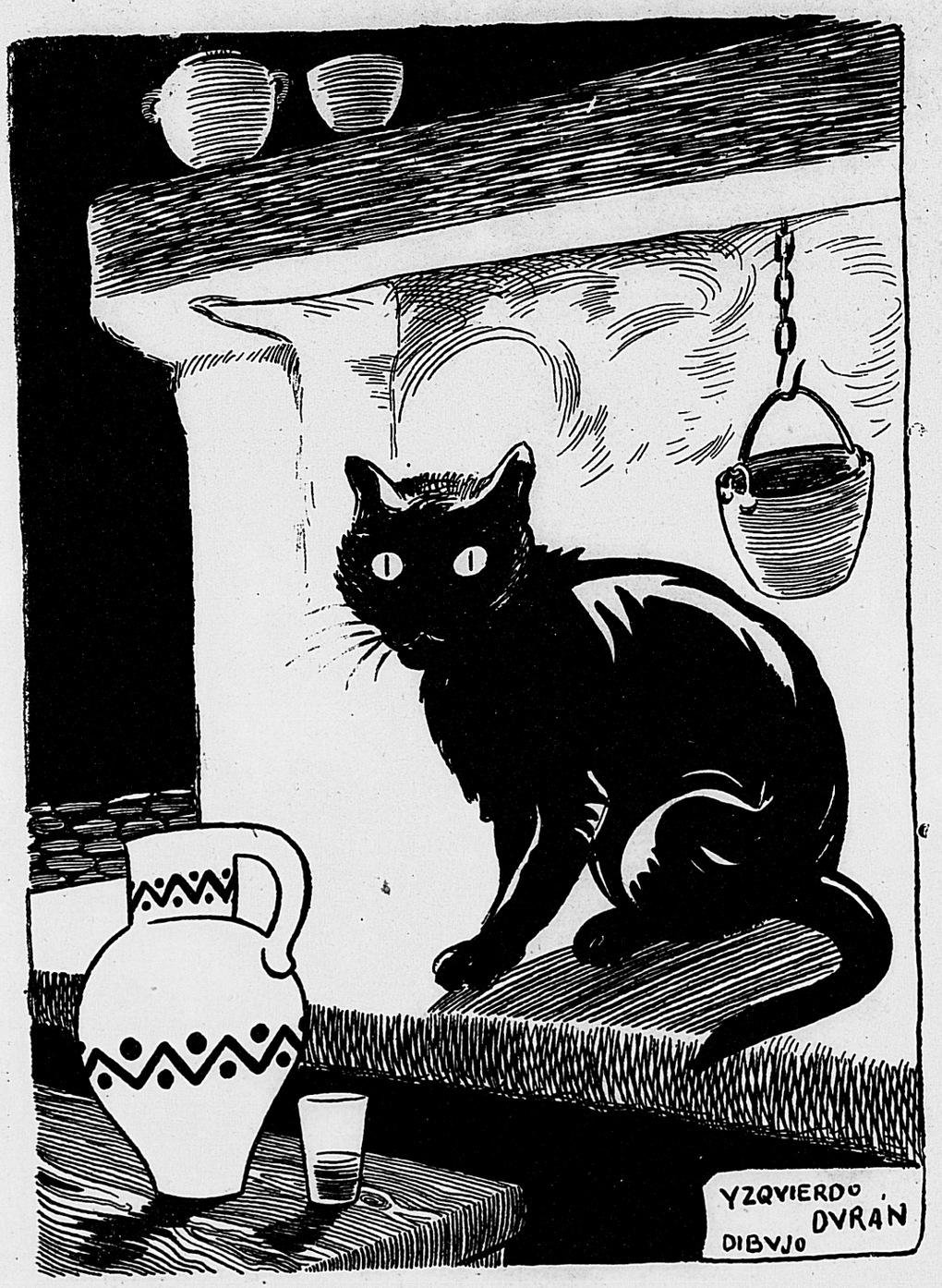
—¡Margarita! ¡Isabel!

De lo alto de la casa brotó una voz dulce y cantarina que cayó sobre nuestra tristeza y nuestro cansancio como un chorro de agua fresca y musical.

*
* *

La cena fué parca y campesina, pero su pobreza estuvo aderezada por la gracia sencilla y juvenil de las dos mozas de la posada.

Eran las nietas de la estantigua que tan villana nos saludara en el umbral; el ventero, un viejo roncero y socarrón, sólo iba á guarecerse á su casa por la noche, pues era cazador furtivo y el día



solía pasarlo en los cercanos montes de Toledo. Tenía en los ojos huraños, y en el gesto, una intensa inquietud que sólo se ve en los presidios, en los hospitales y en los sitios donde se axacerban el odio ó el dolor y parece que se plasman sobre el rostro en muecas y contracciones de una imborrable crueldad de trazos.

Isabel, la menor de las hermanas, era una mozuela desgarbada y cetrina con el cabello rubianco y destrenzado; llenaban su cara, dulcemente fea, los ojos obscuros, grandes, bobalicones, al par que maliciosamente pueblerinos.

Un arriero tañía en la clásica vihuela de la posada, pulsada por tantas manos, unas rústicas seguidillas que la moza bailaba y el pardo zagalejo revolaba sin donaire y se ceñía desmayado á las curvas inarmónicas de sus flancos. Un gitano chalán y truhanesco, muy jaque y bien plantado, cantaba las coplas con una intención pícara y carnal.

El gato negro dormitaba junto al fogaril, y las lenguas de llama, rojas, áureas, azules, serpenteaban una danza absurda y diablesca que arrancaba sangrientos resplandores de sus ojos redondos y fosforescentes. Estático y sibilino, tenía el aspecto de un ídolo primitivo y feroz.

A la luz de un bruñido candil de garabato preparaba su traje de fiesta la hermana mayor. Era la noche del sábado; por la tarde había traído el viento el carillón sonoro de las vísperas, y el domingo habría baile en la plaza de Casarrubias del Monte, que estaba en feria.

Al sacar del arca vetusta los juveniles atavíos, se diluía en el ambiente un fuerte y campesino aroma de manzanas agraces.

Yo me acerqué á la moza y le hablé en el lenguaje pintoresco y apasionado de mis papeles de galán. En mi voz había modulaciones galanas, y decía mis galanías con un medio tono insinuante y sentimental que me había producido grandes triunfos en todos los teatros, corrales y plazas públicas de aquellos villorrios.

A ella le sonaba mi voz desde muy lejos como un idioma no sabido, y sus ojos negros, supersticiosos y alucinantes se agrandaban y se perdían como si contemplasen las perspectivas de un luminoso país de fábula. El acento de la poesía cantaba por primera vez en sus oídos ingenuos y aldeanos, y mi figura adquiría un prodigioso prestigio, cual si estuviese ornada con la capa galante y el birrete plumado del Burlador.

—A mí también me gustaría ver mundo. Ya ve: siempre encerrada en este caserón tan feo. ¡Cuando hay ciudades tan grandes, con almacenes de trajes tan bonitos y tan lujosos!...

Su voz tenía cierta dulzura melancólica, y yo también pensé que las sedas, las plumas y las joyas se habían hecho para su cuerpo armonioso y sensual de real hembra. Y comprendí la necesidad del lujo y del amable artificio, pues nada hay tan sórdidamente triste como una mujer hermosa y mal vestida.

Habían llegado más arrieros y unas mujeres que iban á servir á Madrid, y aire alegre y se dispusieron las parejas.

Mientras los demás se holgaban, yo hablaba quedamente con Margarita. Me



decidieron pasar el resto de la velada de jácara y de baile. Un mozallón en mangas de camisa, con el cigarro en la comisura de la boca, comenzó á tocar un

mareaba el vaho cálido, juvenil y voluptuoso que trascendía de su figura robusta de virgen rural. Mi voz tremaba de pasión, y la moza cerraba los ojos po-

seída de un dulce temblor de pecado, de iniciación y de misterio. Sobre todo el hechizo de lo peligroso, de lo prohibido, alucinaba á aquella alma visionaria que, como en un columpio de hilos áureos, se mecía en la red inquietante de mis palabras.

Un jarro tosco de Talavera iba de mano en mano lleno de un vino negro y áspero. El polvo que levantaban los bailadores y el humazo de los candiles envolvían las pintorescas siluetas en una vaharada asfixiante.

Un mendigo ciego y viejo, con una gorra de piel y un tabardo mugriento, entró en la cocina saludando con una voz gangueante de salmodia:

—¡A la paz de Dios, amigos!

Luego se acurrucó en un rincón y encendió la pipa. Le llamaban *El santo negro*. Había sido ladrón, y, á pesar de su ceguera, producida por la sífilis y el aguardiente, tenía una catadura tan siniestra, que más bien inspiraba miedo que compasión.

Uno de los histriones, viejo, calvo y grotesco, recitaba borracho un parlamento de *El trovador* con una declamación cantarina y altisonante:

> Soñaba yo que en silenciosa noche
> cerca de la laguna que el pie besa
> del alto castellar, contigo estaba...

Las tiradas de versos amorosos sonaban á lamentable elegia al salir por el túnel desdentado de su boca. El concurso no entendía el valor de las palabras, pero se reía con una alegría bárbara y jocunda. Una damita cantaba á media voz un aire anticuado y sentimental, y la característica, contemporánea de Calvo y de Perico Delgado, exhalaba unos ronquidos que comprometían seriamente su dignidad artística.

Yo sentía danzar en mi cabeza todas las amables aventuras, lances y galanías de la vieja dramática. Con aires de Lovelace ó de Casanova, me inclinaba al oído de la moza, acariciando su vanidad femenina con palabras envenenadas.

Ella pugnaba, con los brazos en guirnalda, por ajustarse á la nuca un hilo de cuentas de coral. Los broches no ajustaban y mis manos audaces, aunque algo trémulas, quisieron evitarle aquel enojo. La fragancia fuerte y sensual de su garganta, de un tostado color de ámbar, tenía un sortilegio que invitaba á las más intensas caricias. Los rizos sedeños de la nuca reclamaban besos largos, penetrantes y dolorosos, y mis ojos se desvanecían á lo largo del busto pomposo que yo adivinaba un gran valle de nardo y seda, con erguidas colinas de marfil.

Cuando levanté la cara, sentí clavados en mí unos ojos negros y siniestros que flameaban con brillo de puñales. Era un gañán recio, alto y brutal que se aproximaba con torvedad de animal en celo. Hubo entre ellos una violenta y sorda escena de reproches, y despues vi que la asía por el talle, apretaba su busto con una especie de rabia amorosa y se perdían entre los bailadores.

Sentí una amarga melancolía al ver



perderse á la pareja. Iba experimentando en mi alma el hastío de la vida nómada, y aquella mujer hermosa y propicia me parecía una fresca fontana en la aridez del polvoroso camino. Fué aquello como un dulce intermedio sentimental en la fatiga de los días hambrientos, de las fugas vergonzosas temiendo la represalia de los burlados venteros; de los truhanescos artilugios de aquellos días de andanzas artísticas sin arte.

Era la media noche, y el posadero nos despachó para nuestros alojamientos. El viejo mendigo recabó su zurrón y su cayado; los arrieros, retozando con las mozas de servir, fuéronse en busca de sus jalmas hacia el cobertizo.

Por un propicio azar me aposentaron en la alcoba de las dos hermanas, que aquella noche dormirían en un camaranchón, junto á la abuela.

La estancia era toda blanca y sencilla, con una gran ventana al campo. Sobre la cómoda, bajo un fanal, había un santo de barro, tosco y primitivo. El lecho impoluto tenía una suave insinuación de carne joven y femenina, que hizo pasar por mi alma en ondas calinas y conturbadoras la visión de la espléndida virgen campesina.

De la percha pendían, como una alucinación de sensualidad, unos inquietantes vestidos de mujer que conservaban su vuluptuosa fragancia peculiar.

Olían como á acacias y á carne morena de mujer, como su nuca rizada, como deberían de oler las dos pomposas magnolias de sus pechos. Entonces hundí mi rostro en aquellas ropas llenas de su perfume y sentí que se me envenenaba el alma, como si hubiese aspirado la fragancia de una flor enervadora y perversa.

Las dos hermanas

Hubiera sido inútil acostarme. Tenía fiebre y la figura de Margarita no se me borraba del pensamiento. Una idea audaz y maligna, como una loca diablesa, musitaba en mi alma audaces proyectos, aventuras insensatas.

A la mañana siguiente habría de marcharme para siempre con la farándula, no volvería á ver á la moza que temblaba de ingenuo deseo con mis palabras encendidas é insinuantes. ¿Por qué no había de lanzarme al peligro de la aventura? El amor es de los audaces, y si fracasaba, si Margarita se defendía de mi pasión, si gritaba y soliviantaba á toda la gente del mesón, saldría por la ventana y huiría á campo abierto como otras veces, huyendo del bataneo de los venteros burlados.

Pero ¿y si triunfaba? Y enardecido, febril, me decidí á emprender la arriesgada aventura. Me despojé de los zapatos; abrí sigilosamente la puerta, comencé mi peregrinación por la galería con toda el alma puesta en los oídos.

El silencio era hondo; tan hondo, que resonaba monorrítmica y clara la marejada de mi corazón.

No me era muy fácil orientarme; recordaba que las muchachas dormían en el piso bajo, á la derecha del portón; pero ¿qué puerta? ¿La segunda, la tercera? Tal vez una rendija de luz, el ritmo de las respiraciones me ayudarían á acertar.

Caminaba á obscuras, tacteando. Sonó lejano un gran reloj de torre. Era el reloj de Casarrubios, que cantaba la hora y el viento traía sus graves resonancias, plañideras y lamentosas como un gemido del más allá.

Al pasar por una ventana vi el campo solitario, el viento ululaba entre las masas negras de los olivares y la carretera tenía blancas reverberaciones bajo la plata de las estrellas.

La escalera, de madera carcomida, crujía bajo mis pies. Oí un rumor de pasos y me detuve. Los pasos avanzaban, también sigilosos y prudentes. Mas luego se abrió el portón que daba al cobertizo y apareció un hombre alumbrándose con una pequeña linterna.

Fué un tremendo momento. Me acordé del zagalón brutal y celoso y pensé en una cita nocturna con Margarita. Y sentí la horrible mordedura de los celos. Rebusqué en mis bolsillos mi faca cabritera y avancé resuelto. Aquel hombre no entraría nunca más en el cuarto de Margarita.

El gañán avanzaba, deteniéndose á escuchar. Sus pisadas sonaban blandas en el pavimento. Se dirigió á la escalera y comenzó á subir. Me fué preciso desandar lo andado, encerrándome en mi cuarto. Una puerta crujió y apareció una forma femenina que avanzó al encuentro del que venía. Se juntaron frente á mi puerta; era una de las mozas que iban á servir á la corte y uno de los arrieros que se folgaran con ella durante el bailoteo de la velada. Respiré tranquilo y me guardé mi faca.

¡Qué locura! Margarita es una muchacha honrada.

Y la sensación de que la moza era honrada fué como un espolazo para mis deseos. Cuando todo tornó á quedar en silencio reemprendí mi caminata por las sombras, más resuelto, más encendida el alma.

Ya en la rústica cocina, me fuí orientando al confuso claror del rescoldo. Una puerta... Nada se oía, no había ninguna luz. Continué. Tras de la segunda, se oía un rumor de palabras en voz baja. Quizás eran las dos hermanas que platicaban; esperaría á que el sueño las rindiese. El rumor ascendía, tenía sonoridades ásperas, gangueantes, monorrítmicas de salmodia. Por fin escuché claramente la voz agria de la arpía, que iba pasando los dieces del rosario.

¡Hubiera sido un lance estupendo que hubiese entrado á violar á la vieja!

Y esta idea tan monstruosa y tan grotesca me dió un latigazo de horror.

¿Qué hacer? Ya estaba otra vez desorientado en las sombras, cuando escuché un ruido claro de pisadas en la cocina y vi un resplandor que llegaba poco á poco hacia mí.

Era Isabel, la menor de las hermanas.

Venía de la corraliza, de echar algarroba á las palomas. Se sorprendió un poco al verme surgir de la obscuridad.

—¿No sabes? Ese cuarto está embrujado; apenas apagué la luz escuché unos ruidos extraños, como un saco de arena que se vertiese en el suelo. Parecía que alguien andaba junto á mí.

La muchacha me contemplaba con sus grandes ojos crédulos y bobalicones.

—Y después comenzaron á dar golpes en las paredes, y en el viento, que azotaba los cristales de la ventana, había una voz ultrahumana que me llamaba por mi nombre.

—Pues nosotras nunca oímos nada.

—Pues te digo que en ese cuarto no se puede dormir.

Comprendí que la moza había caído en las redes de mi burda patraña. Como había salido á medio vestir, me daba lástima verla tiritar en el frío de la cocina.

—Vamos hacia tu cuarto, que tienes frío. Te lo seguiré contando por el camino.

Y la eché el brazo por el hombro fraternalmente.

—Y además, cuando oía golpes en las paredes me entraba un terror invencible, porque me han dicho que eso sólo se oye tres días antes de morir.

Sugestionado por mis propias palabras, sentí un estremecimiento de terror y apreté junto al mío el cuerpo de la muchacha. Sus pechos pequeños y erguidos tuvieron un temblor de palomas cautivas.

—Y eres muy bonita, Isabel. Tienes unos ojos muy grandes y unos senos que á mí me gustaría mucho besar.

Isabel se encendió vivamente, mientras mi mano audaz acariciaba las dos flores gemelas de carne. Después la besé en la frente, quiso esquivar mis caricias echando la cabeza atrás, y entonces la llené los labios de besos largos y violentos.

—Déjeme, que nos puede ver mi hermana.

Habíamos llegado al cuarto de las dos doncellas.

—Oye, Margarita, el comediante dice que hay brujas en su cuarto.

—Sí que las hay, y aun puedo añadir que las traigo dentro de mí.

Margarita se puso toda roja al verme entrar y me miró con una mirada ardiente y equívoca.

—¿Por qué ha entrado usted aquí? ¿No comprende que le puede ver alguien?

Entonces cerré la puerta y eché el pestillo y el cerrojo.

—Ya no hay peligro—repliqué.

Sin embargo, entonces era cuando comenzaba el peligro. La aventura tomaba un sesgo imprevisto y os confieso que no me disgustaba el nuevo aspecto de la aventura. Era un lance digno del caballero Casanova. Tenía yo entonces henchido de optimismo el corazón, saltarina la sangre como un vino de fuego y la medula no me había cometido aún ninguna infidelidad.

—Vosotras me daréis hospitalidad esta noche para librarme de los malos espíritus.

Margarita protestaba débilmente.

—Anda, Isabel, acuéstate. Yo te ayudaré á desnudarte. Veréis, vamos á pasar muy bien la noche.

Mis manos hicieron saltar los corchetes de la blusa. Isabel se defendía y quería cubrirse, ruborosa el escote moreno. Yo la perseguí, en un dulce juego ella reía y corría por la estancia.



Al alcanzarla, la aprisioné en un enorme abrazo de fauno joven. Le así los senos, y formando una copa con mis manos, los elevé hasta la altura de mis labios. Mi boca era una llama que fué de uno á otro, voraz, abrasadora.

—¡Que me hace daño, quite!

¡Daño! Me hubiera gustado ver brotar el carmín de la sangre bajo la ferocidad de mis dientes. Mi boca vampiresa se hubiera bebido toda su sangre joven y voluptuosa, hasta verla caer exangüe, muerta, en un divino éxtasis de sensualidad. La sombra de Sade cruzó un instante por mi pensamiento.

Cuando comencé á desnudarme las mozas protestaron:

—¡Por Dios! Eso es una locura. Nos pueden sorprender.

Como veis, el obstáculo fundamental era la opinión ajena. Al sepultarme bajo las sábanas, ocupé, como era natural, el sitio de honor, en medio de las dos hermanas.

Ya entonces me acerqué á Margarita, pasé mi brazo izquierdo por debajo de su cuello y la besé en la boca con un beso inmenso, interminable, macerador.

—Por ti lo he hecho todo; por ti, mi gloria, por tus ojos de mora, por tus pechos, por tus caderas.

Ella respondía á mis caricias tímidamente. Desde mi primer beso estaba como extasiada, quemaba su piel y temblaba su cuerpo epilépticamente. Aquella mujer debía de desmayarse en el momento cumbre del amor.

El divino y tercero de los pecados mortales me llamaba con voz de sirena desde la cisterna de sus pupilas, temblaban en mis labios las palabras y no podía hablar, me ardían las sienes, mis manos eran como garfios. Me daba miedo y ansiaba furiosamente la apoteosis de la plena posesión.

¡Oh, sus ojos almendrados, fulgurantes, que se tornaban estrábicos en las excelsas agonías! ¡Su boca fresca y pueblerina que gustó las puñaladas de miel de mi boca mundana y violenta! ¡Oh, la gruta impoluta y venusina que ardió con los divinos espasmos de Leda en los paraísos inefables y dolorosos de la iniciación.

¿Os acordáis vosotros del encanto inefable de las iniciaciones? Realmente es un momento transcendental. Tiene algo de rito, de misterio, de angustia y de gloria quintaesenciada. Es el bautismo rojo del amor, el único capítulo inolvidable en la novela de las mujeres.

Yo sentía hacia Margarita una amorosa piedad porque estaba toda dolorida, macerada por la bestia que aullaba en mis sentidos, y á un tiempo mismo sentía un agudo placer en macerarla, en tundirla, en hacer sangrar sus labios húmedos y frescos como una flor mañanera, en poner rosetas rojizas con mis dientes en la carne sabrosa de sus mejillas.

Por dos veces manaron las fuentes de la vida, el divino licor de la fontana misteriosa, que hace amable el vivir á pesar del dolor y de la muerte.

Después de la batalla jubilosa, caí muy dulcemente adolorido. Olía á carne fresca y un poco sudorosa, aroma femenino y emponzoñado de una picante jocundidad.

—Y qué, señor comediante, ¿se le han salido ya del cuerpo los malos espíritus?

Era la voz de Isabel, que sonaba irónica y despechada. Había olvidado á la mozuela en aquellos momentos delirantes, y la cuitada tenía las ojeras más hondas y los labios muy secos. Lo había presenciado todo, muda, extasiada, ebria, que estos juegos ardientes del amor ponen en el espectador un fuego aún más violento que en los protagonistas. La maga imaginación le cuenta á nuestra medula los más hermosos cuentos y la realidad de la sensación nunca puede igualar á la magnificencia de la fantasía.

¡Pobre chiquilla mía! Ardía su carne y sus ágiles piernas se contorcían, se trenzaban, se unían á las mías con una violencia que me hacía sentir dolor.

La loca no quería concederme una tregua. Yo reposaba, con una dulce fatiga; mi mano jugueteaba con los rizos ásperos, como una flor de locura, rosa vesánica, de savias ardorosas, que se entreabría con un ritmo de fuego y un aroma fascinador. Yo quise hacer á la moza, para desagraviarla, una ofrenda refinada y digna de una emperatriz, un regalo sutil y decadente, cuyo refinamiento y cuya galantería ni imaginar podrían jamás los zagalones que la poseerían en lo sucesivo. Y con una inclinación versallesca besé la rosa loca, rizada y llameante de la virgencita.

Junto á la hermosura opulenta de Margarita, Isabel era más bien fea. Pero ¿no habéis sentido nunca un placer violento en poseer á una mujer fea, y que por serlo extrema más sus fuegos y sus caricias? Margarita era el éxtasis, la hermosura magnífica, la leona encelada. Isabel era una llama viva.

Cogí su mano, y al conocer mi talismán de amor, la niña la retiró vivamente.

—¡Grandísimo pillo! Miren qué cosas inventan los comediantes.

—Querida niña, eso estaba ya inventado en el principio del mundo. Fué la señora Eva la que tuvo el honor de descubrirlo. Sus hijas no se lo agradecerán nunca bastante.

Cantó un gallo. Su voz era un clarín fanfarrón en la quietud del alba. Nunca con más razón se podía decir que el tiempo era oro.

¡Qué divino momento! El cuerpo delgado y trigueño de Isabelita era como una sierpe enroscada á mi torso, á mis piernas... su boca me axfisiaba, se me bebía el corazón. Huyendo de sus besos, abatí su cabeza sobre la almohada y la besé largamente en los oídos. Besos ligeros, apenas rozados, que electrizan los nervios, besos largos y apretados y sonoros, que resuenan dentro del cráneo, haciendo enloquecer, besos penetrantes que son catapulta vencedora de las virtudes más zahareñas.

Podría vanagloriarme ante vosotras de haber realizado dos iniciaciones en los ritos galantes, en aquella noche inolvidable. Pero en honor á la verdad, la moza Isabelita estaba ya iniciada opíparamente por algún galán andariego que pasara una noche á la ventura por la venta del camino, que son las mozas de posada igual que la vihuela, que la pulsa el que viene para su regalo y luego la abandona á la partida.

Algunas horas después se iba la farándula. Reía el sol sobre nuestro palacio ambulatorio, ornado con viejos telones y desvaídas bambalinas. Desde la carretera, las dos hermanas nos despedían agitando los blancos pañuelos. Sus rostros frescos y campesinos tenían una voluptuosa palidez. Yo llevaba en mis ojeras mis mejores blasones de galán.

Supongo que Margarita ya estará casada muy canónicamente con el zagalón brutal y celoso.

Y el marido estará encantado con ella; las mujeres son hábiles simuladoras de la virginidad. Basta con lo que ha dicho un ilustre cronista contemporáneo:

Un gesto de pudor y un grito á tiempo.

Emilio Carrere.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Abada, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND»
Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
ESPIRITU SANTO, 24, tercero

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

EL CUENTO GALANTE

La mejor y más barata de las Revistas literarias

Publica todos los jueves una novela inédita ilustrada á dos tintas

NUMEROS PUBLICADOS

1 **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2 **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3 **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4 **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5 **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.
6 **La tristeza del burdel,** por Emilio Carrère.
7 **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8 **Serafines de retablo,** por Diego San José.
9 **Eleonora,** por Rafael López de Haro.
10 **Augusta,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
11 **Amores que allá quedaron,** por Benigno Varela.
12. **Se deshojó la flor,** por Claudina Regnier.

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 34.—MADRID